

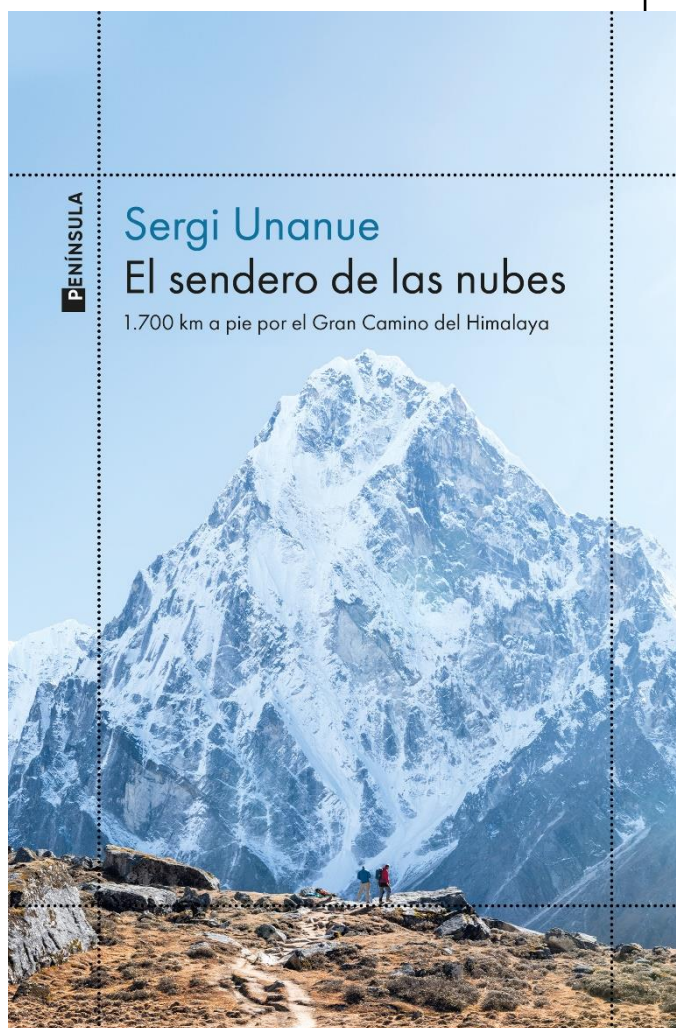
PENÍNSULA

EL SENDERO DE LAS NUBES

Sergi Unanue

**1.700 KM A PIE POR
EL GRAN CAMINO
DEL HIMALAYA**

**A LA VENTA EL 10
DE SEPTIEMBRE**



***Autor disponible para entrevistas**

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:
Erica Aspas | Responsable de Comunicación Área de Ensayo
689 771 980 | easpas@planeta.es

SINOPSIS

LA HISTORIA ÉPICA DE DOS AMIGOS QUE RECORRIERON UNO DE LOS CAMINOS MÁS DIFÍCILES Y EXIGENTES DEL MUNDO: EL GRAN CAMINO DEL HIMALAYA

Sin experiencia en alta montaña ni la ayuda de guías o porteadores, Sergi Unanue y su compañero se lanzaron a una locura que muy pocos se atreven siquiera a imaginar: cruzar a pie, de este a oeste, la gran cordillera del Himalaya. Un recorrido de 1.700 kilómetros durante 99 días, por una de las rutas más exigentes del planeta, y que apenas un centenar de personas habían logrado completar hasta entonces.

Con lo justo para sobrevivir y solo una mochila a la espalda, emprendieron una travesía que llevó al límite su amistad, su cuerpo y su mente. Escalaron pasos a más de 5.000 metros sin saber qué encontrarían al otro lado, sortearon tormentas y avalanchas, durmieron en tiendas rodeadas de nieve y hielo, compartieron refugio con desconocidos y atravesaron aldeas donde la comunicación era imposible. Una hazaña épica lejos de los caminos más transitados del Himalaya que nos ofrece una reflexión profunda sobre nuestra fascinación por lo desconocido.

EL AUTOR



Sergi Unanue (Barcelona, 1993) es periodista, aventurero y creador del canal de YouTube *Los Viajes de Walliver*, que reúne a más de 160.000 suscriptores. En julio de 2018, dejó su trabajo en Betevé para lanzarse a una vida nómada, sin aviones, sin destino fijo y con un presupuesto diario de menos de diez euros. Desde entonces, ha explorado Mongolia a caballo conviviendo con familias nómadas, ha recorrido Camboya a pie y ha atravesado Europa en una bicicleta de bambú desde Tarifa hasta Cabo Norte.

EXTRACTOS

PRÓLOGO

«Con las yemas de los dedos, palpé los recovecos de un cuerpo que me parecía ajeno: el mío. No me había visto desnudo en meses y lo que veía me horrorizaba. No había rastro de grasa en la barriga. De hecho, no había rastro de grasa en ninguna parte. Por primera vez en la vida, se me marcaban los huesos de la cadera y mis costillas parecían querer romper la piel. Había perdido, al menos, quince kilos, y estaba esquelético. Hacía ochenta días que había empezado a recorrer, sin experiencia previa, los caminos más altos del mundo y no cabía duda de que aquella aventura me había cambiado para siempre. En todos los sentidos.»

«¿Para qué estaba haciendo todo eso? Ya ni me acordaba. Me había metido en un reto demasiado grande y demasiado largo. Condenándome a pasar todo mi tiempo con una persona que aborrecía y detestaba. Era una expedición destinada al fracaso. Sin embargo, lo peor de todo era una cuestión que no dejaba de repetirse en mi cabeza: «Esto no se ha acabado». Un eco constante en mi mente que se repetía mientras me maldecía por haber aceptado semejante locura. «Esto no se ha acabado». Por delante había más, teníamos que acabar de cruzar todo el Himalaya.»

«Fuimos inocentes y engreídos al pensar que íbamos a poder hacerlo. Y encima solos. Era imposible, así nos lo había dicho todo el mundo. En el fondo, aún pensaba que exageraban cuando se mostraban tan categóricos. Nosotros podíamos. Solo necesitábamos contar también con la suerte necesaria. Podíamos lograrlo, pero, una vez más, resonaba la misma pregunta: ¿a qué precio?»

KATMANDÚ

Del 12 al 19 de septiembre de 2019.

0 km de ruta.

A 1.400 metros de altura

«El termómetro marcaba 36,5 grados. Un nuevo día sin fiebre, ya quedaba menos para salir del hospital. Cinco días atrás, había empezado a notar que algo no estaba bien. Los escalofríos intermitentes que recorrían mi cuerpo me advertían de que estaba destemplado, aunque no quisiera darle más importancia. En un albergue del centro de Katmandú, mi primera solución fue tomarme un paracetamol, meterme en la cama y esperar a estar mejor la mañana siguiente. Pero al ver que la sensación de malestar no disminuía, mi cabeza no pudo seguir negando lo evidente: tenía los síntomas del dengue.»

«Para distraerme, mi cabeza se dedicaba a crear lo que fuera que me hiciese disociar. En mi imaginación, corrían ríos de imágenes inventadas con montañas imposibles y cumbres siempre blancas, rompiendo el horizonte como si intentaran desgarrar el cielo. Hacía pocos meses que tenía aquel nuevo sueño, pero ahora ya no podía pensar en otra cosa.

Iba a cruzar el macizo más alto del mundo a pie. Fuera de aquella habitación, me esperaba el conocido como «Gran Camino del Himalaya».

«La traducción más correcta del Great Himalaya Trail (o GHT) sería ‘Camino del Gran Himalaya’, ya que se trata de una ruta de más de 1.700 kilómetros que permite cruzar la región más alta de la cordillera más alta del mundo, que se encuentra dentro de las fronteras de Nepal. Para completarla, se tienen que subir y bajar un total de 170.000 metros de desnivel acumulado y llegar hasta prácticamente los 6.000 metros de altitud. Además, el recorrido pasa por las ocho montañas de más de 8.000 metros que tiene Nepal, más de la mitad de las que hay en todo el Himalaya. Entre ellas, por supuesto, el mítico Everest. Hasta entonces, menos de un centenar de personas lo habían logrado, y ahora yo quería convertirme en uno de los pocos que, al menos, se había atrevido a intentarlo.»

«A pesar de ello, era plenamente consciente de que esta era la aventura más peligrosa y exigente que me había propuesto hasta el momento. Los riesgos en la montaña ya son de por sí altos, pero en las cotas y por los remotos senderos por los que transcurre el Gran Camino del Himalaya, los peligros se multiplican: aludes, congelaciones, desprendimientos de tierra, desorientaciones en la nieve y el hielo... Era una lotería. Aunque, por suerte, no iba a estar solo.»

«La idea inicial de realizar esta expedición fue suya [de Dani]. Se lo comentó una viajera suiza tomando un café e, inmediatamente después, me lo propuso. Cuando lo hizo, no me lo pensé: teníamos que hacerlo. Hacía ya unos cuantos meses que buscábamos algo que fuera lo suficiente exigente para que fuese necesario tener a un compañero de aventuras. Se habían barajado otras alternativas, pero ninguna nos impresionó tanto como escuchar la historia de un sendero casi inexplorado que cruzaba el macizo más alto del mundo.»

«A diferencia de otras travesías del planeta más conocidas, el Gran Camino del Himalaya es en realidad una red de caminos que une los dos extremos de la cordillera sin salir de ella, y no una única ruta preestablecida. La primera persona en hacerlo fue Robin Boustead, un británico que prácticamente no había abandonado el Himalaya desde que se enamoró de él en 1993. A pesar de esto, no fue hasta 2009 cuando, acompañado de cinco *sherpas*, consiguió unir los dos cabos del macizo en dos expediciones que duraron un total de seis meses. Hasta ese momento, había sido imposible, pues no había un análisis cartográfico de las rutas lo suficiente detallado ni se podía acceder a gran parte de las zonas por conflictos territoriales.»

«Aun así, como nosotros buscábamos un reto mayúsculo, nos sedujo la eterna idea de la batalla del hombre contra la naturaleza — o, mejor dicho, del hombre contra sí mismo —, por lo que queríamos hacer la ruta extrema. Y la queríamos hacer solos: sin guías, sin *sherpas* y sin ningún tipo de ayuda por parte de ninguna agencia. Hasta ese momento, solo cinco personas habían conseguido hacer la ruta extrema sin asistencia, y ninguna era tan joven como nosotros. Aunque, en ese momento, tampoco lo sabíamos.»

«En el Gran Camino del Himalaya había tres puertos que se consideraban técnicos. Es decir, tres puntos donde era necesario material como cuerdas o arneses para poder cruzarlos. En todas las imágenes que encontramos de otras expediciones, en absolutamente todas ellas, había al menos un rescate con helicóptero, la mayoría debidos

a congelaciones, pero también por aislamiento. La información que había en internet tampoco era demasiado alentadora, y siempre se remarcaba la importancia de ir acompañado de un guía. Para nosotros, esa no era una opción, pues queríamos experimentar la montaña con libertad y por nosotros mismos. En realidad, aunque quisiésemos, tampoco nos lo podíamos permitir.»

KANCHENJUNGA

Del 20 de septiembre al 4 de octubre de 2019.

De los 0 a los 205,2 km de ruta.

Entre 973 y 5.160 metros de altura

«La tercera montaña más alta del mundo es el Kanchenjunga. Solo superan sus 8.586 metros de altitud el Everest y el K2. Desde su campo base empieza de manera oficial el GHT, ya que es el punto más oriental del Himalaya en Nepal. Llegar hasta allí era nuestro primer objetivo, a pesar de que eso significara tener que volver sobre nuestros pasos.»

«Ese primer día transcurrió por caminos de tierra que serpenteaban entre prados verdes y bosques. Era un 20 de septiembre y, a pesar de estar a 1.800 metros de altitud, el sol nos sofocaba en sus horas más recias. La montaña no nos perdonó. En todo el día apenas encontramos llanuras y el sudor nos impregnaba la piel sin descanso. No fue hasta siete horas más tarde que decidimos dar la jornada por finalizada. Habíamos recorrido 21 kilómetros y las piernas nos dolían una barbaridad.»

«Si el primer día fue duro, el segundo fue aún peor. Nada más empezar, nos perdimos en un monte sin apenas árboles. Un desprendimiento de tierra se había llevado por delante la mayor parte de una ladera. Los caminos que aparecían en el GPS del móvil allí de poco servían. [...] No sabíamos por dónde se suponía que debíamos andar, pero teníamos que seguir. Con cuidado, empezamos a trepar por las rocas. Era un trabajo tedioso y poco efectivo. Nos movíamos lentos, pero con gran esfuerzo. [...] La lánguida incursión seguía, y el cuerpo empezaba a estar cubierto de sudor, hasta que me encontré a Dani esperándome con el teléfono en la mano. Notaba en su expresión que no lo veía claro. —No es por aquí —dedujo—. Según esto, deberíamos estar pasando por algún punto más abajo. Hemos subido demasiado...»

«Aquella zona, la de Kanchenjunga, no era ni mucho menos de las más turísticas de Nepal. Su ubicación remota en la esquina noreste del país provocaba que muchos visitantes evitaran esa región, pues les parecía mucho más accesible e interesante desplazarse hasta la zona del Everest o la del Annapurna. El hecho de que permaneciese fuera del punto de mira de los senderistas tenía, por un lado, una parte negativa. No había carteles, ni marcas, ni nada por el estilo que señalizara el camino correcto. Uno tenía que ir bien equipado con mapas y GPS para evitar perderse, o no perderse mucho, al menos. De hecho, para entrar en el área de conservación, el senderista tenía que ir acompañado de algún guía certificado y pagar dos permisos bastante caros.»

«Las noches cada vez más frías nos indicaban que nos estábamos elevando. Aunque no lo pudiésemos comprobar con nuestros propios ojos, nos acercábamos a las cimas de las montañas más altas del mundo. La niebla y las nubes nos habían estado acompañando y aún no habíamos conseguido vislumbrar ni un solo pico, pero nuestro entorno visible sí que había cambiado. Ya no había ni rastro de la alta vegetación y de la maleza que nos rasgaba las piernas en las cotas bajas. Estábamos a más de 4.000 metros por primera vez y lo que nos rodeaba eran pastos y grises montañas.»

«A la mañana siguiente, nuestros planes cambiaron. La intención era seguir subiendo hasta Lhonak, la última parada antes del campo base del Kanchenjunga, pero al levantarme con un intenso dolor de cabeza decidimos esperar un día más. Era uno de los síntomas iniciales del mal de altura, y la recomendación era tomarse un día de descanso para aclimatarse o, si la condición empeoraba, bajar velozmente. [...] Aquella era la primera vez que nos parábamos desde que dimos nuestros primeros pasos, hacía justo una semana. Y también fue la primera vez que pudimos comprobar, al fin, que estábamos en el Himalaya, porque esa mañana las nubes dieron una tregua al cielo y nos permitieron maravillarnos con la visión de una sierra espectacular.»

«Al fin, el Himalaya se descubría. Los picos eran triangulares y de aspecto feroz, y entre todos ellos destacaba el de Jannu, con unos 7.710 metros y una verticalidad que impresionaba al verla. Su blanco total contrastaba con el azul profundo que aquella mañana imperaba en las alturas. Apenas se veía rastro de la corteza de la montaña. La nieve parecía casi perfecta, mostrando solo algunas arrugas, como si de un mantel colgando de un gancho se tratara. Como estaba tan cerca de nuestra posición, parecía aún más estremecedor, pero al mismo tiempo actuaba como muralla y obstruía una vista probablemente aún más espeluznante. Justo al otro lado se encontraba el Kangbachen, de 7.903 metros, y detrás de este, el señorial Kanchenjunga, aguardando, invisible.»

«Cuando nos levantamos, nos encontramos con que el blanco del cielo se había propagado hasta el suelo. Estaba nevando, y eso pilló por sorpresa incluso a la gente local. De normal no había nieve hasta diciembre, decían. Con las linternas, enfocamos la nueva capa que se extendía por debajo de nuestros pies y sonreímos. Estábamos emocionados porque aquello suponía un extra de épica más en ese día que ya sabíamos que iba a ser trascendental. Eran las cinco de la mañana y aún estaba completamente oscuro, pero en aquella jornada pasaríamos de los 5.000 metros de altura por primera vez, y al fin llegaríamos al punto de salida oficial del Gran Camino del Himalaya.»

«El Kanchenjunga era el primer ochomil de un total de ocho que nos teníamos que encontrar a lo largo del camino. Para mí se había convertido en una meta personal poder verlos todos, por lo que aquello me desilusionó. Allí no había ni rastro de la tercera cima más alta del mundo. Ni siquiera habríamos sabido señalar en qué dirección se encontraba, de no haber sido por la brújula.

—Venga, ánimo. ¡Es aquí donde empieza de verdad nuestra aventura! Ya estamos en la casilla de salida — trató de convencerme.

No le faltaba razón. Estábamos en el extremo más oriental del Himalaya nepalí, a menos de 10 kilómetros en línea recta tanto de la India como del Tíbet. Y allí, como decía Dani, empezaba la aventura.»

«Aquella mañana empezó fantástica. Nos levantamos pronto y ascendimos 1.400 metros hasta el puerto de Nango La, situado a casi 4.800 metros, a un buen ritmo. Se convirtió en uno de los primeros hitos físicos que realizamos. Había empezado como una cuesta con vegetación baja y había acabado entre rocas. Arriba nos esperaban un poco de nieve y un fuerte viento, pero todo iba según lo previsto. Fue por la tarde cuando la cosa se complicó. El camino que nos aparecía en el mapa no existía, algo que ya sabíamos que podía pasar en el Himalaya, pues muchos registros cartográficos no están del todo actualizados. En cuestión de años o meses, un sendero podía dejar de utilizarse y perderse para siempre entre la nueva vegetación.»

«Las relaciones humanas son curiosas, porque siempre tendemos a equilibrar las energías de los demás. Si preguntásemos a mis amigos o a mis familiares, lo más probable es que aseguraran que yo era una persona más bien alocada y hasta cierto punto demasiado optimista. Si algo parecía difícil, yo solía ser el primero en cuestionar su dificultad o el que proponía los planes más impulsivos e impredecibles. Pero con Dani la cosa cambiaba. Su energía era tan atrevida que, de manera inconsciente, yo me había obligado a adoptar una posición más conservadora y precavida. Ya había sido así en Mongolia y, por el momento, se estaba repitiendo en el Himalaya.»

«Antes de irnos, los *sherpas* que iban con Sue y Howard le contaron al lama nuestro gran reto. Este, sorprendido, procedió a encender una vela de mantequilla de yak para darnos su bendición. La ceremonia se celebró entre cantos, el repicar de una campana y los sonidos que realizaba con la caracola, que el religioso utilizaba a la vez como instrumento de percusión y de viento. Era un sonido *embalsamante*, que de algún modo combinaba a la perfección con el entorno místico y lúgubre en el que nos encontrábamos. [...] Al acabar, nos puso unos pañuelos blancos, o *khatas*, en el cuello. Nos darían buena suerte en nuestra travesía, aseguró. Prometimos no quitárnoslos.»

MAKALU

Del 5 al 17 de octubre de 2019.

De los 205,2 a los 406,3 km de ruta.

Entre los 388 y los 3.564 metros de altura.

«Llegamos a Thudem a última hora de la tarde bajo una fina capa de lluvia. Era un enclave completamente aislado, que se encontraba a dos días a pie de cualquier otra muestra de civilización. Estábamos muy contentos de estar allí. Habíamos superado el doble paso de Lumba Sumba y habíamos accedido así a una nueva región del Himalaya: la del Makalu. Además, aquella noche la íbamos a pasar con una familia que nos ofreció alojamiento y comida. Por su justo precio, por supuesto.»

«Cuando abandonamos Thudam, nos dimos cuenta con desesperación de que, de nuevo, el camino que nos indicaba el mapa no existía. Estuvimos debatiendo unos minutos qué hacer a continuación y, después de valorarlo, decidimos confiar en el GPS y seguir adelante. Eso implicaba andar a través de la vegetación, que con frecuencia nos cubría hasta más arriba de nuestras cabezas, para poder avanzar. A pesar de todo, y para nuestra

sorpresa, descubrimos que, debajo de nuestros pies, había efectivamente un camino. Aunque para que estuviera así de salvaje, tenía que haber pasado por lo menos un año sin que nadie circulara por allí. Lo peor de todo no era tener que abrirse paso como Indiana Jones [...] Lo más desesperante eran las sanguijuelas que se nos pegaban por todo el cuerpo. [...] A lo largo del día, nos mordieron más de cien sanguijuelas.»

«Tras aquello, en los siguientes días me cuestioné seriamente si podría acabar el Gran Camino del Himalaya. Si me comparaba con Dani, me caía mucho más, iba más lento, acababa los días más cansado, había sufrido más por la altitud y mis pies estaban plagados de ampollas y heridas varias, algunas al límite de la infección otra vez, mientras que los suyos, en cambio, parecían los de un oficinista. En aquellas comparaciones no había ningún sentimiento de envidia, ni de rabia, ni nada que se le pareciese. Era simple, lo veía a él mucho más preparado que yo. Sentía que mi cuerpo no era de los que estaban hechos para este tipo de esfuerzos titánicos, pero me convencí de que lo más importante era la fuerza mental, y a eso me agarré para continuar andando día tras día, caída tras caída.»

«Nepal era así de diverso. Hacía poco estábamos asistiendo a un ritual en un templo budista y ahora nos encontrábamos en una celebración hindú. La diferencia entre la presencia de una religión u otra, por muy extraño que pueda parecer, la marcaba la altitud.»

«El Makalu es la quinta montaña más alta del mundo con 8.485 metros de altitud. Al verlo, entendimos a la perfección por qué la mayoría de las zonas del Himalaya eran nombradas por sus picos más elevados, pues de ellos emanaba un aura especial, como de liderazgo, por encima de toda la región que controlaban.»

«Después del Makalu, teníamos que llegar a la región del Everest, donde nos íbamos a encontrar con la brutalidad del Himalaya en todo su esplendor. Y también con sus peligros más reales.»

SAGARMATHA

Del 18 al 28 de octubre de 2019.

De los 406,3 a los 532,3 km de ruta.

Entre los 1.983 y los 5.781 metros de altura.

«Allí estaban, como si nada. Dos de las montañas más altas del mundo parecían contemplarnos desde la distancia, una al lado de la otra. A la derecha, el Lhotse, de 8.516 metros, la cuarta cima más alta de la Tierra. Injusta olvidada al lado de la gran sombra de su hermana, que se erigía a su izquierda: el Everest, con 8.849 metros, que marca el punto más elevado del planeta.»

«Nos encontrábamos en Namche, la que históricamente había sido la capital de los *sherpas* y un vestigio de la diversidad cultural del Himalaya. [...] Este grupo étnico ha conseguido fama internacional por su estrecha relación con el montañismo y, en especial, las expediciones al Everest. Su predisposición genética los hace destacar en el trabajo

físico en altitudes extremas, ya que tienen una mayor capacidad para procesar el oxígeno en la atmósfera enrarecida de las alturas.»

«Los *sherpas* empezaron a tener trabajo continuo y a dejar sus obligaciones en el campo para trabajar en el sector turístico, que no paraba de crecer. Eso hizo que las condiciones de vida cambiaran por completo. Había más dinero y oportunidades. Como había tantos extranjeros, los jóvenes aprendían inglés, cosa que apenas pasaba en el resto del país, lo que los puso en una situación ventajosa a la hora de trabajar en turismo y crear sus propias agencias.»

«Lo que mucha gente no sabe es que el nombre original de la montaña más famosa del mundo es, en realidad, Chomolungma. La nomenclatura oficial en Nepal, por otra parte, es Sagarmatha, que en nepalí significa algo así como 'la cabeza en el gran cielo azul'. El nombre de «Everest» lo heredó tras la propuesta de un oficial del Imperio británico que notificó en 1856 a la Royal Geographical Society que habían identificado la que creían era la montaña más alta del mundo. Andrew Scott Waugh pidió que se nombrara así por George Everest, que fue quien los contrató a él y a Radhanath Sikdar, responsables de documentar y calcular la altura del Chomolungma. Lo más curioso de todo es que el geógrafo británico ni siquiera llegó a ver nunca la cima que recibió su nombre.»

«Salir de Namche hacia las montañas fue una de las experiencias más bizarras que habíamos vivido hasta el momento. Centenares de personas caminaban hacia la misma dirección. No se parecía en nada a la calma y la soledad que nos habíamos encontrado en el mes que llevábamos de travesía. De hecho, pensándolo bien, apenas habíamos visto a otros extranjeros aparte de Sue y Howard, la pareja australiana que conocimos en Olangchung Gola. El río de turistas por el que serpenteábamos a las afueras de Namche nos hacía sentir completamente desubicados.»

«Pero si algo destacaba en aquella visión era la única montaña suficientemente estratosférica como para esconder su cima por encima de las nubes. El Everest imponía hasta al más osado. Desde ese rincón del mundo estábamos contemplando, sin necesidad de mover la cabeza, cinco de los catorce ochomiles de la Tierra. Y, por si eso fuera poco, delante de estas infinitas cumbres, el tercer lago de Gokyo daba el toque de color final a la postal. Sin lugar a duda, aquel era el paisaje más hermoso, impactante y aterrador que había visto en cualquier parte del mundo.»

«Como el objetivo era vender cuantos más *tours* mejor, siempre exageraban la dificultad de los recorridos y su duración. ¿Por qué decir que una excursión se puede hacer en tres días sin asistencia, cuando puedes vender un *tour* con guía y porteadores durante una semana haciendo el mismo recorrido? Por ese motivo, confiábamos más en la experiencia de otros excursionistas que en aquella información adulterada.»

«Aunque el calvario estaba lejos de acabarse, poco a poco fui recuperando la cordura. Era consciente de que tenía que parar y no continuar ascendiendo, pero mi cuerpo seguía sin responder. Me sentía como una marioneta controlada por unas manos invisibles, crueles. A medida que fui ganando lucidez, comprendí que aquel paso no lo íbamos a superar. Por lo menos, no aquel día. Aún no lo sabía, pero estaba sufriendo un edema cerebral, uno de los mayores temores en el mundo del montañismo. [...] La recomendación en estos casos

es bajar entre 500 y 1.000 metros, medicarse y evitar el esfuerzo físico. Justo lo contrario de lo que teníamos por delante.»

«Con paso firme y controlando la respiración, anduvimos hasta encontrarnos con las banderillas budistas que nos indicaban que lo habíamos logrado. Nos hallábamos a 5.755 metros sobre el nivel del mar, el que tenía que ser el punto más alto de todo nuestro periplo por el Himalaya. Ni el Mont Blanc, ni el Teide, ni el Elbrús estaban tan elevados como nosotros en aquel momento. El esfuerzo había sido colosal, pero aún no nos podíamos relajar. Llegaba el momento de bajar de aquella maravilla letal.»

GAURISHANKAR

Del 29 de octubre al 9 de noviembre de 2019.

De los 532,3 a los 743,1 km de ruta.

Entre los 1.184 y los 5.303 metros de altitud.

«En un determinado momento, nos volvimos a topar con una ola y el barranco que su propia presencia generaba. Por allí no podríamos pasar. ¿O sí? Mirándolo mejor, entre las dos olas parecía que había un terreno de piedras por donde podríamos descender unos cuantos metros. Desde allí, se antojaba sencillo bajar por la pendiente helada.

—Creo que sí que podremos llegar abajo por aquí. Voy a intentarlo — anuncié a mi compañero.

—Vale, me avisas si se puede y te sigo — respondió buscando una piedra cómoda donde sentarse mientras me esperaba. [...] A medio camino me di cuenta de lo que escondían en realidad esas rocas. Me encontraba encima de una grieta, el mayor miedo del alpinista. Lo único que había entre el abismo y mis pies era aquella fina pasarela de piedras y hielo sujetada únicamente por el frío del glaciar.»

«Intenté dar un paso hacia el centro de la pendiente, pero el pie perdió el equilibrio al buscar sin éxito un nuevo punto de apoyo. Repetí la operación varias veces hasta que me sentí atrapado. Ni siquiera sabía si sería capaz de volver a subir. El glaciar estaba en su totalidad formado por hielo negro, especialmente peligroso por su extrema dureza. Dani tenía razón: aquello era una locura.»

«Estuvimos cinco minutos en silencio mientras yo me quitaba toda la parafernalia, hasta que me atreví a abrir la boca.

—¿Estás enfadado?

—Un poquito. Estoy decepcionado — dijo con voz severa—. Te has puesto en peligro y nos has puesto en peligro. Mucho peligro.

—Pues lo siento si no he sabido identificar bien el riesgo — me disculpé. Tampoco pensaba que fuera motivo para enfadarse así. Si me había arriesgado, era por pura inexperiencia, no por negligencia—. Ya sabes que yo soy más bien miedoso en la montaña. Si hubiera detectado el mínimo riesgo, habría sido el primero en proponer buscar una alternativa.

—Si te caías allí, se te acababa el Gran Camino del Himalaya.

—Ya lo sé — contesté.

Volvimos al silencio.»

«Además, tras superar el puerto de Tashi Labsta, estábamos con energías renovadas. Habíamos conseguido algo que nos aseguraban que era imposible, aunque no sin riesgos. Aquellas experiencias habían trastocado algo en mi interior. Los peligros existían, y a pesar de que éramos conscientes de ellos desde el inicio, el hecho de palparlos con los dedos los había convertido en una realidad. ¿Hasta qué punto nos la estábamos jugando por un sueño? ¿Qué probabilidades había de que uno de los dos no volviese a casa? ¿Y de que ninguno lo hiciese?»

«[Dani] Se fue refunfuñando a su propio ritmo, sin mirar atrás. Estaba molesto y yo sentía que me culpaba a mí de lo que había pasado, a pesar de que la decisión había sido conjunta. Era consciente de que el cansancio y el mal humor por habernos perdido le estaban afectando, y también de que la convivencia siempre es dura. Llevábamos seis semanas de aventura, compartiéndolo absolutamente todo y teniendo que tomar muchas decisiones importantes. Pero, aun siendo consciente de todo aquello, a mí también me fastidiaba tener que aguantar según qué comentarios.»

«Como ellos habían hecho, les preguntamos por el puerto de Tilman. Aquella era la información que valorábamos de verdad, la de alguien que acabase de pasar por allí.

—No, no os va a ser posible hacerlo sin cuerdas ni guía — contestó uno de ellos. Aquello nos sentó como un jarro de agua fría.

—A lo mejor conseguís subir hasta arriba, pero una vez al otro lado no sé cómo lo vais a hacer — siguió—. El único camino que hay es a través de una cascada congelada. [...]

—Y no solo eso — la chica tomaba ahora el mando de la conversación—, después de la catarata encontraríais un río enorme. Allí solía haber un tronco que hacía de puente, pero como hay mucha agua se lo ha llevado por delante y ahora mismo la única manera es cruzando el río por dentro. Sin una cuerda de seguridad, os arrastraría también a vosotros. Las noticias no eran buenas. Nos despedimos del grupo e intercambiamos contactos por si teníamos más dudas. Éramos los mejores asesores posibles para nuestras respectivas expediciones.»

LANGTANG

Del 10 al 16 de noviembre de 2019.

De los 743,1 a los 870,1 km de ruta.

Entre los 1.207 y los 4.352 metros de altitud.

«—Que no se acabe así. Que no se acabe así. Que no se acabe así... — me repetía para mis adentros. Sentía el frío del glaciar refrescándome el cuerpo. Estaba tumbado en posición fetal, envuelto en un pesado manto de dolor. [...] Sabía que el día de hoy tenía que ser duro, pero es que solo habíamos ascendido 300 metros, nos faltaba más del doble hasta el collado y yo ya estaba inmovilizado por el dolor.»

«Si había un punto en lo que quedaba de travesía donde había más probabilidades de que las cosas se torcieran, era allí, en el puerto de Tilman, a 5.320 metros de altitud. Un paso técnico que muy pocos cruzaban cada año. Como ya nos había pasado antes, todo el mundo se llenaba la boca diciendo lo imposible que era de superar tal y como íbamos:

solos y sin el material necesario. Lo sabíamos, pero nosotros teníamos un plan sin (apenas) fisuras.»

«A través de ese batiburrillo casi infinito de rocas sin color de todos los tamaños y formas, llegamos al lateral de un glaciar, en la parte alta, que horadaba un nuevo valle. Mirase como se mirase, la única manera que encontramos de bajar a él era a través de una pendiente muy empinada de unos 50 metros.»

«Una vez abajo, tocaba cruzar el glaciar y ascender hacia el paso, que ya se intuía por encima de una catarata congelada. Entonces apareció el dolor, el mismo que al final del Tashi Labsta. Al principio, era como una simple molestia en la parte izquierda de la zona abdominal, pero, cuanto más esfuerzo hacía, más intensas se volvían las punzadas.»

«Aquello era un espectáculo de la naturaleza, que no podía evitar disfrutar. Una muestra de lo catastrófica que podía llegar a ser la Tierra. Aquello me hizo darme cuenta de que casi siempre hay algo de bello en lo peligroso. Desde donde estábamos, ya podíamos ver el puerto de Tilman, situado justo por encima de la cascada. Para llegar hasta allí, teníamos que subir por una rampa con bastante inclinación. Había muchas rocas y nieve congelada, lo que nos permitía clavar los crampones con facilidad y ascender con calma. Escalar por esa pared con el espectáculo visual matutino que nos rodeaba quitaba el aliento. Y a pesar del dolor que sentía, me lo estaba pasando en grande.»

«Tardé media hora en ver a Dani, que se encontraba unos metros por delante, bailando una música que solo sonaba en su cabeza. Habíamos llegado. Estábamos en el puerto de Tilman, a más de 5.300 metros sobre el nivel del mar. Y si bien habíamos conseguido esquivar todas las piedras, lo que nos aguardaba a continuación no era muy alentador. Al otro lado de la ladera, había toneladas de nieve allá donde mirásemos. Según lo que nos habían comentado, en el centro del valle se hallaba un glaciar, que era por donde transitaban los alpinistas. Sin embargo, el temporal de los últimos días había dejado grandes cantidades de nieve y, por supuesto, nadie había pasado por allí desde entonces. Nosotros íbamos a ser los primeros.»

«De repente, un nuevo peligro entraba en escena. No parecía para nada descabellado que nuestra incursión pudiese romper la armonía que sujetaba ese mar de nieve y que provocásemos un alud. Estaba asustado, pero no creía que fuese una buena idea compartirlo en ese momento. La prioridad tenía que ser llegar al flanco izquierdo del valle. Era lo más seguro que podíamos hacer.»

«Después de batallar con un montón de arbustos altos y árboles bajos, llegamos al fin al otro valle. Ni rastro del puente que nos había mencionado Craig. No teníamos más remedio que cruzarlo a pie. Allí, el cauce medía unos veinte metros de ancho y parecía que el agua nos tenía que llegar más arriba de la pantorrilla. Ya lo habíamos tenido que hacer alguna que otra vez, pero ninguna a tanta altitud. Hacía tanto frío que los bordes del torrente estaban congelados a pesar de la velocidad de la corriente. Me quité las botas y los calcetines y los até en la mochila. Quería tener las manos libres para utilizar los palos y no desequilibrarme así con las aguas rápidas. Di una primera zancada especialmente larga para evitar pisar la capa de hielo y metí el pie en el agua. El dolor penetró por mi piel.»

«Como si fuera un borracho a quien se le había derramado la última copa en una pared, me dejé caer encima de aquellas rocas húmedas, permitiendo que el agua me impregnara la cara y abriendo la boca como un pez para succionar lo que pudiese de aquella superficie. No era que no tuviese agua en la cantimplora, pero estaba demasiado exhausto como para quitarme la mochila, beber y volver a cargarme con aquel monstruoso peso. Ahora entendía el significado de «fatiga extrema». Sentía que cada esfuerzo que hacía era lo último que mi cuerpo podía ofrecer.»

«El Gran Camino del Himalaya, en condiciones normales, era extremadamente caro de realizar. Solo con el precio de los permisos, el gasto mínimo ya empezaba en unos 1.500 euros. Si además se le sumaban los guías obligatorios y el resto de los gastos corrientes, las páginas web más optimistas estimaban la cifra final en unos 7.000 euros por persona. Si se hacía con una agencia, el precio ya subía hasta los 20.000 euros por persona, o incluso más. Nosotros teníamos un presupuesto de 1.000 euros por cabeza y tenía que incluirlo todo. Además de por la parte económica, no queríamos ir con guía porque para nosotros el reto estaba en hacerlo en solitario. No íbamos a disfrutar igual de las montañas si nos acompañaba alguien.»

«Lo peor, para nosotros, era cuando esos engaños para sacarnos dinero ponían en riesgo nuestra expedición o, incluso, nuestras vidas. Casi cada día, alguien nos mentía diciendo que algún camino estaba cerrado, que se había producido alguna catástrofe o que era imposible llegar hasta el siguiente pueblo ese mismo día. Todo para intentar que pasáramos la noche allí y ganar un dinero extra. De haberlos escuchado, podríamos haber acabado circulando por falsos caminos alternativos, metiéndonos en ríos de manera innecesaria o escalando montañas que no teníamos por qué escalar.»

MANASLU

Del 17 al 22 de noviembre de 2019.

De los 870,1 a los 993,8 km de ruta.

Entre los 714 y los 5.158 metros de altitud.

«Nuestros primeros pasos por Manaslu fueron a través de uno de los puentes colgantes tan típicos de Nepal. Construido con tablas de madera desgastadas y sostenido por cables de acero que zumbaban con el viento, el puente se mecía levemente con cada paso, como si respirara con la montaña. Bajo nuestros pies fluía con fuerza el agua que escupían varias exuberantes cataratas que afloraban a nuestra izquierda y componían un río que se juntaba, al cabo de pocos metros, con otro mucho más grande que perforaba montañas desde hacía millones de años. El valle que formaba, a mano derecha, era el que nos tenía que guiar hasta el puerto de Larke La.»

«Día tras día, medité sobre todo aquello que albergaba en mi mollera. [...] Sentía que aquellas montañas estaban musculando también mi mente, aparte de mi cuerpo. Sin embargo, tras más de sesenta días de expedición, mi cabeza ya no daba para más. Había pensado en todo aquello que tenía por pensar. Las ideas y reflexiones se repetían por enésima vez y eso me provocaba desazón. No sabía en qué más centrarme. Había

levantado todas las piedras del jardín y ya no quedaba nada más por sondear. Estaba atrapado dentro de mi propia cabeza, y de allí no se podía escapar. De repente, me encontraba con un nuevo obstáculo que superar en esa travesía.»

«Con el tiempo, apreciamos que algunos de los valles estaban moldeados en forma de U y no de V y algunos lugareños nos confirmaron lo que temíamos: aquellos valles habían estado desde tiempos inmemoriales y hasta hacía relativamente poco el hogar de enormes glaciares, pero el calentamiento global había derretido la gran mayoría. Según aseguraban, el derretimiento se había producido en un abrir y cerrar de ojos, pues tan solo hacía cinco años allí aún había grandes bloques de hielo.»

«Dos días más tarde nos vimos las caras con el Larke La, otro puerto de más de 5.000 metros de altitud y el que nos tenía que llevar a la zona del Annapurna. Nos esperaban 1.300 metros de ascenso, pero el recorrido se sentía como una continuación de lo que ya veníamos haciendo durante días: seguir subiendo sin demasiados obstáculos. [...] El único riesgo era la propia altitud, pero nosotros debíamos de estar muy bien aclimatados, porque no sentimos sus efectos hasta superar la barrera de los 5.000 metros.»

«Cuando el camino se tranquilizó un poco, vimos delante de nuestras narices como tres valles con glaciares se unían a pocos kilómetros de donde estábamos. Nos esperaba la zona del Annapurna, una de las más famosas del Himalaya.»

ANNAPURNA

Del 23 al 29 de noviembre de 2019.

De los 993,8 a los 1.103,5 km de ruta.

Entre los 1.923 y los 5.416 metros de altitud.

«Hacía 65 días que habíamos salido de Taplejung sin apenas saber cómo agarrar los bastones. No lo habíamos expresado con palabras, pero a los dos nos parecía sorprendente que hubiésemos llegado hasta allí. 1.000 kilómetros recorriendo el *trekking* más alto y largo del mundo, allí donde la tierra se encuentra con el cielo. Por si eso fuera poco, hacía pocos días habíamos descubierto que solo cinco personas habían completado el Gran Camino del Himalaya sin asistencia, y ninguna de ellas era tan joven como nosotros. Eso le daba aún más significado a aquel hito. [...] Por delante nos aguardaban más de 700 kilómetros, la mayoría de ellos, una vez pasado el Annapurna, por las zonas más remotas del Himalaya. Y lo que era más preocupante: sería en pleno invierno.»

«Sin embargo, lo que podía acabar determinando el éxito o el fracaso de gran parte de las expediciones como la nuestra era el azar: un alud, un desprendimiento de tierra, un accidente en un glaciar o en un acantilado, o incluso una enfermedad, una lesión, una ola de frío, una ventisca... Todo aquello eran cosas que, casi todas las veces, eran muy difíciles de prevenir o directamente imposible. Sin ir más lejos, aquella expedición de jóvenes australianos vestidos de cazadores de cocodrilos que nos habíamos cruzado en Gaurishankar había tenido que abandonar por indisposición de uno de sus miembros. Y eso que llevaban años preparándose.»

«Por fin, estábamos en el área de conservación del Annapurna. Era fácilmente palpable porque, durante días, transitamos por un sendero tan grande que podían pasar vehículos sin problemas. Los pueblos estaban adaptados en su totalidad para ofrecer alojamiento a centenares de excursionistas. De hecho, algunas urbanizaciones se habían creado solo con ese propósito. No era de extrañar, pues aquella era la zona más visitada del Gran Himalaya. Si la zona del Sagarmatha recibía 50.000 excursionistas al año, la del Annapurna lo triplicaba, con más de 150.000.»

«—Cuando tengan carreteras para superar los puertos, Nepal se irá a la mierda — reflexionaba mi compañero—. Lo peor será cuando se pongan a levantar teleféricos. A la que vean lo fácil que es ganar dinero subiendo a turistas a algún pico, será el fin del Himalaya. Me los puedo imaginar haciendo un funicular hasta el Everest o algo así.»

«En las expediciones, los porteadores trabajaban en unas condiciones mucho peores que los guías. Cobraban menos de la mitad y se tenían que pagar tanto la comida como el alojamiento, que solía ser una cama gigante compartida entre todos. Los guías, en cambio, dormían y comían en los mismos hoteles que sus clientes porque tenían acuerdos con los dueños de los establecimientos donde paraban. Era como una norma no escrita en Nepal: los guías no tienen que pagar nada. Lo más triste de todo aquello era la segregación y la diferencia de estatus social que había entre unos y otros. A menudo, los guías se desentendían de los porteadores o incluso los menospreciaban. Bajo ningún concepto querían que los confundieran con un porteador.»

«Mientras enfrentábamos los últimos metros de ascenso, empezaron a caer suavemente ligeros copos de nieve. Por alguna razón, aquello me relajaba. Era una imagen hermosa. Alcanzamos la cima del collado, humeando por el esfuerzo y el frío, con una fina capa blanca que lo impregnaba todo y con las barbas congeladas. A pesar de ser mediodía, estábamos otra vez a diez grados bajo cero. Como era habitual, un montículo de piedras y distintas banderas budistas nos marcaban el punto exacto que coronaba los 5.416 metros del Thorong La. Velozmente, iniciamos el descenso sin saber en aquel momento que, si hubiéramos llegado un día más tarde, nos habríamos topado con un metro de nieve virgen. El invierno ya estaba aquí sin previo aviso y, frente a nosotros, nos esperaba la zona más fría, remota y peligrosa de Nepal.»

DOLPO

Del 30 de noviembre al 8 de diciembre de 2019.

De los 1.103,5 a los 1.278,2 km de ruta.

Entre los 2.090 y los 5.176 metros de altitud.

«La sierra que nos había rodeado durante los últimos días estaba presidida por el Annapurna I, el décimo pico más elevado del mundo con sus 8.091 metros sobre el nivel del mar. Y la postal no se acababa allí, porque más hacia el norte se podían observar las particulares montañas rojizas tan características de la zona de Mustang. El Gran Camino del Himalaya no pasaba por ahí más que por esos míseros 10 kilómetros, pero era un paisaje digno de contemplar. Detrás de esos brochazos rubíes se erigía, imponente, una

dentada muralla de inmaculado blanco y, aunque al principio nos costó entenderlo, pronto nos dimos cuenta de que no eran nubes, era el Tíbet.»

«A lo largo del año, eran muy pocos los que se atrevían a adentrarse en Dolpo, y ninguno lo hacía en invierno. Ni siquiera los autóctonos se quedaban allí. Se nos erizó la piel al darnos cuenta de que, casi con seguridad, no nos íbamos a encontrar a nadie más en los casi 200 kilómetros que nos quedaban por allí, una de las zonas más frías del Himalaya.»

«Lo de evitar acampar se había convertido en algo de vital importancia. De noche, las temperaturas se desplomaban muy por debajo de los quince grados bajo cero, hasta el punto de que era peligroso.»

«Llevábamos ya un buen rato sudando por la complejidad del camino cuando, de golpe, uno de esos desprendimientos me atrapó y me arrastró cuesta abajo. Mis puntos de apoyo se habían desmoronado simultáneamente y ahora estaba cayendo sin remedio hacia el río helado. Intenté frenarme con pies, manos, brazos, lo que fuera, pero aquel tobogán no me dejaba escapar. A mi alrededor me acompañaban a la misma velocidad las piedras que se unían a aquel fatídico carrusel. Estuve deslizándome sin control más de 20 metros hasta que la fuerza de la fricción me paró a una zancada del agua que habría podido echar al traste toda la expedición. De haberme caído, lo más probable es que la fuerte corriente me hubiera arrastrado con ella. Aun si hubiera podido encontrar la manera de salir de allí, estar empapado a más de 4.000 metros podía ser una sentencia de muerte.»

«—Según el GPS, el camino debería seguir por este lado del río, pero...

Dani estaba parado con el teléfono en la mano, buscando alguna explicación. Veía claramente a lo que se refería. El sendero quedaba cortado por una montaña cuyo barranco llegaba hasta el mismo arroyo. Por allí era imposible seguir, y a la otra orilla no podíamos llegar. Estuvimos buscando durante unos minutos para ver por dónde continuar. —Por aquí parece que alguien ha pasado — observó Dani. Subiendo la montaña había una difusa línea que ascendía en zigzag.

—No. Esto es un camino de cabras. Tiene demasiada pendiente para un humano.»

«Estaba abrazando la montaña para no caer de allí. Por debajo tenía una caída mortal hasta el lecho del río. Respiré hondo y lo volví a intentar. Fui especialmente pulcro a la hora de escoger cada movimiento, pero aun así el resultado fue el mismo: resbalé hasta la posición inicial y resoplé estrechando la pared entre mis brazos. La experiencia que tenía Dani practicando escalada, cuando vivía en Barcelona, parecía que le estaba sirviendo para superar aquello, pero yo no podía.»

«Egoísta. ¿Por qué estaba arriesgando mi vida sabiendo que había personas que sufrirían si me pasaba algo? Arrogante. Me pensaba que podía con todo, pero en realidad no era más que un chaval con el ego crecido. Estúpido. ¿Cómo había aceptado meterme en aquella locura? Temerario. Me habían podido las ansias y había olvidado que eso no era ningún juego. Por mi cabeza solo pasaban juicios y maldiciones. Estaba aterrado y me culpaba solo a mí. «¡No!», me grité internamente. Tenía que mantener la calma. Respiré hondo e intenté razonar. De nuevo, examiné mis alrededores. Tenía que haber algo que hubiese pasado por alto.»

«Con tantos obstáculos y problemas, nuestros cálculos se fueron al traste. No íbamos a llegar al *dharamshala*, ni siquiera al Niwala La, el puerto que lo precedía. La noche se nos caía encima y ya no podíamos avanzar más cuando decidimos montar campamento, a casi 4.600 metros de altitud. Estábamos cerca de un río y lo más llano era acampar cerca de él, pues allí solo estaban el arroyo, sus orillas y muchas pendientes.»

«—Creo que los tengo congelados — le confesé a Dani.

—Yo también. Las partes más calientes del cuerpo son las axilas y la entrepierna, pónelos ahí, rápido — me recomendó mientras él hacía lo propio.

Los dedos parecían inertes, pero el dolor me recordaba que no era así. Cuando me quité los guantes, me di cuenta de que, en efecto, ya estaban congelados. La última falange estaba pálida como la leche y tenía una textura que me recordaba a la madera.

—Mierda — solté al verlos—. Esto no pinta bien.

Seguí el ejemplo de mi compañero, pero con mucha precaución. Temía que si se quedaban trabados con alguna capa de ropa pudieran romperse o dislocarse, ya que no sentía nada y no me daría cuenta si eso pasaba. [...] Con lentitud, empecé a notar unas ardientes punzadas en las puntas de los dedos. Eran buenas noticias, pues significaba que algo estaba cambiando.»

«Desde que habíamos entrado en Dolpo, nos encontrábamos una y otra vez con la cara más salvaje y peligrosa de aquella aventura. Y ya nos estaba sobrepasando. Estaba tirado en el suelo con los dedos de las manos congelados y un dolor paralizante en el costado. [...] No podía evitar sentir que a lo mejor aquello se nos escapaba de las manos, que estaba fuera de nuestro alcance. Al fin y al cabo, los pocos que se metían a hacer algo así se preparaban durante años y se gastaban un dineral para evitar morir en el intento. Y nosotros estábamos allí sin experiencia previa, solos, con guantes de mercadillo falsos y un casco para niños. Rozaba lo ridículo.»

«Al flanquear una montaña, vimos aparecer las blancas casas de Chharka Bot. Intentamos no emocionarnos antes de tiempo, aunque era complicado no tener expectativas. De todos modos, teníamos que esperar para saber si había alguien allí.

—Humo, Dani. ¡Hay humo! — grité, levantando los palos a modo de celebración.

Chocamos los puños. Algunas casas soltaban largas hileras de humo gris por sus chimeneas, lo que significaba que había gente. Al menos podríamos comer algo caliente y, seguramente, dormir cobijados.»

«Casi por primera vez en 75 días de travesía, sentíamos que la gente local no nos quería solo por interés. En el gesto de aquella anciana que nos dio a probar un bulbo desconocido para nosotros o el del señor que nos enseñaba cómo funcionaba su rueda de plegaria había solo el natural afán de compartir nuestras diferencias, de aprender los unos de los otros y, en definitiva, de disfrutar de aquella nueva y exótica amistad.»

«Pasados los 20 kilómetros de infierno, mi estómago estalló. Lo solté todo con tanta intensidad que tuve que utilizar los bastones como soporte en los hombros para no desequilibrarme con el peso de la mochila y no caer en el charco de mi propio vómito.

[...]«De los casi ochenta días que llevamos de expedición, más de la mitad he estado enfermo o lesionado», me dije para mis adentros con los ojos cerrados. Mi cuerpo se había

estado peleando con un entorno desfavorable y unas condiciones pésimas, pero aun así estaba orgulloso de cómo se había adaptado a las montañas y a los kilómetros.»

«Me encontraba muy mal y cada paso suponía un esfuerzo casi titánico. Pero Dani seguía presionándome para seguir avanzando. Se le había metido entre ceja y ceja que quería pasar el punto de control de Dolpo ese día. Era uno de sus retos y le costaba imaginarse no completarlo. A mí eso me enfurecía. Yo estaba claramente enfermo y aquella tenía que ser la prioridad, no avanzar 5 o 10 kilómetros más. Su egoísmo, junto con mi pésimo estado de salud, me llevaron a una vorágine de negativismo. ¿Cómo podía considerarse mi compañero si en todo lo que pensaba era en sus estúpidos desafíos? Estaba harto de aquello, pero no me quedaba otra que aguantarlo y seguir. La verdad era que yo tampoco estaba siendo directo y claro con mi situación, un defecto que me había acompañado toda la vida. Si él me preguntaba, yo respondía que sí que podía seguir, cuando tendría que haber sido sincero y decir que necesitaba parar, plantar la tienda e irme a dormir.»

JUMLA Y MUGU

Del 12 al 22 de enero de 2020.

De los 1.278,2 a los 1.470,7 km de ruta.

Entre los 1.651 y los 3.911 metros de altitud.

«Aparte de las temperaturas obviamente más gélidas y las montañas ataviadas como vírgenes, el cambio más destacado con respecto a la primera parte de la expedición era la región del Himalaya en la que nos encontrábamos. En la esquina noroeste de Nepal yacían los parajes más incógnitos e intransitados del apabullante macizo y de la nación: Jumla, Mugu y Humla eran nombres desconocidos para la mayoría de los excursionistas que visitaban el país. A lo mejor por ese motivo, nuestra relación con los lugareños se transformó por completo. Se habían acabado las incesantes negociaciones, los intentos de estafa y, en definitiva, aquella voluntad voraz de aprovecharse de nosotros. Las interacciones eran humanas y reales, y eso nos devolvió a un estado de calma y tranquilidad que no habíamos podido gozar en los pueblos anteriores a Chharka Bot.»

«Por primera vez en la expedición, nos íbamos a separar. Dani iría a toda velocidad para intentar llegar hasta Jumla en un solo día, mientras que yo me lo tomaría con calma e iría a mi bola. La verdad era que aquello me venía de fábula. Puede que incluso lo hubiese provocado sin darme cuenta. Desde que habíamos vuelto a andar, me sentía introspectivo y no tenía muchas ganas de hablar. Probablemente una parte de mí estaba aún resentida por la experiencia de los últimos días en Dolpo, cuando no me sentí respaldado por mi compañero, y por el desgaste de tantas semanas juntos.»

«Cuando por la tarde me crucé con un grupo de amigos de Katmandú, les pregunté si lo habían visto.

—Hace unas dos horas nos hemos cruzado con él — aseguraron—. Iba muy rápido. No pude evitar reírme. Me lo imaginé por allí, solo y a toda velocidad, disfrutando también de su día sin tener que aguantarme. Si lo habían visto hacía tan poco, es que no iba muy bien para lograr su objetivo, pero aún creía que lo conseguiría por pura cabezonería.»

«Allí me esperaba Dani, con su media sonrisa, proclamando que había conseguido llegar ayer. La distancia final había sido de 43 kilómetros con más de 900 metros de ascenso. Completarlo en un solo día había sido toda una gesta.»

«Cuando al fin logramos salir de Jumla, lo hicimos bajo las recurrentes advertencias de sus habitantes, quienes, al saber que nos dirigíamos al puerto de Daphne Lagna, de más de 3.000 metros de altitud, intentaron detenernos previniéndonos de que nos encontraríamos nieve hasta la cintura. Y tenían razón. Incluso los dos hermanos que habíamos conocido durante la subida habían decidido dar media vuelta y abandonar la idea de cruzar ese paso de montaña, que se presentaba como imposible. Más de un metro de nieve lo cubría y nadie había pasado antes por allí, lo que nos obligaba a abrir camino si queríamos seguir con nuestra expedición.»

«La gente allí se veía distinta. Había más pobreza que en otras partes y parecían más abstraídos. No tardamos en darnos cuenta de que la mayoría de la población estaba enganchada a la marihuana. Tanto hombres como mujeres la fumaban con una pipa de madera bastante alargada, de medio metro.»

«El siguiente puerto que teníamos que superar era el de Gurchi Lagna, de 3.300 metros. Aunque la subida no fue complicada, todavía no lográbamos alcanzar el ritmo del otoño. La bajada, como siempre, estaba más cargada de nieve y hielo, pero, como empezábamos a estar acostumbrados a esas condiciones invernales, decidimos aprovechar lo que en principio era un obstáculo más. Como si volviésemos a tener doce años, empezamos a correr cuesta abajo. A pesar del lastre de más de veinte kilos de la espalda, lo hacíamos con bastante velocidad y agilidad. Saltábamos pendientes y nos dejábamos deslizar por los toboganes que había creado el invierno, prácticamente como si estuviésemos esquiando.»

«Nos acercábamos a Humla, el último escollo antes de poder dar por finalizada la expedición. Apenas sabíamos nada de aquel distrito, el más olvidado y desconocido del país. Lo único que habíamos escuchado eran rumores y advertencias por parte de los nepalíes sobre el supuesto peligro de la zona, pues decían que allí, en los lugares más remotos, asesinaban a los turistas para robarles sus órganos y venderlos en el mercado negro.»

HUMLA

Del 23 al 30 de enero de 2020.

De los 1.470,7 a los 1.712,9 km de ruta-

Entre los 1.180 y los 3.194 metros de altitud.

«En los primeros días por ese nuevo distrito, nos habíamos encontrado una cara del Himalaya más áspera. Los pueblos estaban prácticamente vacíos y por las montañas solo había leñadores o trabajadores de la construcción que aprovechaban cuando la gente se iba en invierno para realizar obras.»

«Por el contrario, nuestro estado anímico había cambiado de forma drástica. En aquellos últimos días, al transitar por cotas más bajas, habíamos podido exprimir las horas y las

jornadas al máximo. Subíamos y bajábamos montañas a toda velocidad. Al fin habíamos recuperado la forma física de antes y volvíamos a disfrutar del esfuerzo y el sudor que la ruta nos demandaba. Dani ahora miraba los mapas con motivación y energía, planteándonos nuevos retos que conseguíamos superar día tras día.»

«El paisaje que nos acompañaba era espectacular, con un entorno blanco y sierras por doquier. Poco a poco, los pueblos empezaron a cambiar, y con ellos sus gentes. Habíamos entrado en territorio tibetano. Sustituimos el *namasté* nepalí pero el *tashi delek* tibetano, y los té pasaron a hacerse con mantequilla y a ser gratis, así como ilimitados. Las vibraciones generales de la montaña también variaron. Aquí el ritmo de la gente era más tranquilo, y los lugareños se mostraban especialmente dulces y hospitalarios.»

«En uno de estos municipios, llamado Yangar, tuvimos la suerte de encontrar alojamiento en una casa. Quedaba ya muy poco para llegar a nuestro destino final. Como en cada pueblo con el que nos topábamos, preguntamos por Hilsa, el último asentamiento antes de llegar a la frontera con China, y el punto que tenía que ser nuestra meta.

—¿Hilsa? No, no, no — nos dijo la señora—. Muerte, muerte. Nos confirmaba por enésima vez lo que nos temíamos y lo que ya nos habían dicho varias personas antes que ella. Llegar a Hilsa iba a ser imposible. [...] Por eso, en vez de Hilsa, tendríamos que llegar hasta Muchu, que estaban separados solo por unos escasos 20 kilómetros.»

«En la cima de aquel monte, en su punto más alto, vimos cómo se alzaba, imponente, un monumento budista. Aquello iba a ser nuestra línea de llegada. [...] —¡¡Conseguido!! — gritamos mientras nos golpeábamos la espalda el uno al otro en un caluroso abrazo. Sí, lo habíamos logrado. Habíamos cruzado el Gran Himalaya por sus rutas más altas. Y sin ayuda. A pesar de todo, lo habíamos hecho. Al otro lado del océano de nieve que se extendía hacia el oeste, se encontraba la frontera con China y el Tíbet, y a nuestras espaldas, a 1.600 kilómetros de allí, habíamos empezado un recorrido a pie desde la falda del Kanchenjunga, una de las ocho montañas de 8.000 metros que habíamos tenido el gusto de conocer y sufrir en esos últimos meses.»

«Aquellas montañas nos habían visto disfrutar, horrorizarnos, reír, sufrir, sangrar, ilusionarnos y llorar. Se habían convertido en unas indispensables maestras que nos habían hecho entender que no éramos especiales y que el mundo iba a seguir girando mucho después de que nosotros ya no estuviésemos. Nuestro paso por allí, igual que por la vida, era algo efímero que teníamos que aprovechar de la mejor manera posible. Así es la historia de este camino, un sendero entre nubes que cambió para siempre nuestras vidas.»



Para ampliar información, contactar con:

Erica Aspás (Responsable de Comunicación Área de Ensayo)

M: 689 771 980 / E: easpas@planeta.es